

ACTO SEGUNDO

Crujía baja del patio claustrado en el palacio de Alto-Rey. Todos los huecos de la galería están cubiertos de cristalería antigua emplomada, á excepción del más próximo á la derecha, que es entrada de una glorieta cerrada, en su parte interior, por enrejado cubierto de enredaderas. Dicha glorieta se supone hecha para ocultar aquel lado del claustro que está en ruinas. Al extremo derecho de la galería está el arranque de la escalera que conduce á las habitaciones altas de los Marqueses; al izquierdo puerta practicable por la cual se sale al centro del patio y á la calle.

En la caja de la izquierda, puerta y reja del almacén de carbón.

Bancos de piedra arrimados á los cristales. Es primera hora de la noche. Claridad viva de luna llena ilumina la glorieta y arranque de la escalera, y la parte derecha del escenario.

ESCENA PRIMERA

LEÓN, CIRILA, que salen por la izquierda. León con la cara lavada.

LEÓN

¿Está usted segura de lo que dice? Repítámelo.

CIRILA

¿Otra vez?

LEÓN

Es tan extraordinario, tan fuera de lo común, el mensaje traído por usted, que... Oído ya tres veces, no me determino á creerlo.

CIRILA

Pues á la cuarta va la vencida. Mi señorita, la señorita María, hija de los señores Marqueses de Alto-Rey... ¿Duda usted de que exista mi señorita?

LEÓN

No puedo dudar de lo que he visto. Lo que dudo es que...

CIRILA

¿No se llama usted León, don León ó el señor León? ¿No tiene la cara negra?

LEÓN

Ya me he lavado... Míreme bien.

CIRILA

Bueno: es usted el sujeto con quien hablar desea.

LEÓN

¿Aquí?

CIRILA

La señorita irá esta noche á esa gran fiesta en casa de...

LEÓN

Ya...

CIRILA

Mis amos, para que la señora Alcaldesa no se moleste en venir á buscarla, han determinado que yo la lleve á casa de la señora Alcaldesa... ahí enfrente... La señorita baja conmigo... la espera usted... Por aquí, según veo, no pasa á estas horas un alma...

LEÓN

Nadie. El Juzgado municipal está cerrado de noche.

CIRILA

Hablan la señorita y usted... delante de mí...

LEÓN

Hablamos... hablará ella, y me dirá... Perdone usted: esta confusión y estas dudas

mías provienen de la obscuridad y del acento turbado con que usted se expresa. Usted entró en mi casa diciendo que traía una carta para mí... Después...

CIRILA

(Interrumpiéndole.) Porque la señorita me dió la carta para el señor León, y apenas la puso en mis manos, me la arrebató diciéndome: "No, no: nada de carta. Aunque es muy penosa esta declaración hablada, prefero...", (Sintiendo rumor en la escalera.) ¡Ah! ya viene. (Maria descende cautelosa, aplicando el oído, mirando á todos lados. Detiéndose á cada peldaño, con temor y ansiedad. Viene vestida para la fiesta nocturna, con traje de extraordinaria elegancia y riqueza. Sombrero; abrigo de verano. La luna llena ilumina la hermosa figura.)

ESCENA II

LEON, CIRILA, MARIA.

MARIA

Aquí está... Me espera. (Parada en el primer peldaño, temerosa.) ¡Oh! no me atrevo... le diré que se vaya, que me equivoqué... Es necesidad, locura...

CIRILA

(Se acerca á ella, secreteamdo.) Te aguarda... ¿Qué... temes?

MARIA

(Rechaciéndose.) ¡Ay, sí!... Pero más que mi miedo podrá el tesón del alma mía. Lo que resolví después de mucho meditar, debe hacerse, se hará... Inspíreme Dios y fortalézcame. Cirila, tú te sientas aquí para avisarme si alguien de casa...

CIRILA

Sí, sí: yo estaré al cuidado... (Se sienta en el primer peldaño.)

MARIA

(Aparte, avanzando.) Es bueno, es generoso... Nos atenderá... Con esta esperanza me aventuro...

LEON

(Respetuoso.) Señorita... estoy á sus órdenes.

MARIA

Gracias... Si me he permitido molestarle... (Aparte.) No sé cómo empezar. Estudié

un principio muy oportuno... y ya se me ha ido de la memoria...

LEON

Para mí es grande honor...

MARIA

(Aparte recordando.) ¡Ah! ya... (Alto.) Pues mi padre... (Aparte.) No era esto... (Alto.) Mi hermano...

LEON

Su hermano de usted hizo esta mañana un reconocimiento minucioso de mi fisonomía. Le estorbaba un poco la máscara de carbón que llevaba yo entonces...

MARIA

- Signo, emblema de un trabajo honrado. (Aparte.) Me parece que voy bien. Debo ganarle su voluntad. (Alto.) Mi hermano creyó ver en su cara de usted cierto parecido con un muchacho de Madrid... un mala cabeza, que dió mil escándalos y cometió... no sé qué diabluras... Realmente no existe semejanza.

LEON

¿Que no existe semejanza? ¿Y usted lo afirma?

MARIA

(Principiando a sospechar, mirándole atenta.) Sí... yo... conocí al tal. Verdad que no recuerdo bien su fisonomía. Por eso dije luego: "No es aquél, Cesáreo; es otro..."

LEON

Su hermano de usted, creyendo ver en esta cara facciones conocidas, estaba en lo cierto. Soy Antonio Sanfelices.

MARIA

(Retrocediendo asustada.) ¡Oh, Dios mío! Usted... Perdóneme si he dicho... (Aparte.) ¡Ay! ahora la he hecho buena.

LEON

No tengo por qué perdonarla. Sosiéguese usted.

MARIA

No haga usted caso... Juzgando por lo que oí, dije...

LEON

¡Si ha estado usted excesivamente benigna en la calificación de mis actos! Diabluras ha dicho. Fué algo más... Si quiere usted ate-

nuar mis faltas, diga: complicidad irreflexiva en delitos graves.

MARIA

(Asustada.) ¡Ay, Dios mío! Yo no digo nada, ni sé nada de eso.. Y no tema que yo le delate, ni que descubra su verdadero nombre.

LEON

En realidad, no tengo ya por qué ocultarlo. León es mi segundo nombre de pila. Lo adopté como primero en los días más horrendos de mi vida, cuando, abandonado por unos, de otros perseguido, me ví solo, encadenado á mi conciencia, frente al mundo inmenso, que me pareció el conjunto de todas las iras contra mí. Hoy conservo este nombre porque en él veo la forma bautismal de mi regeneración. Usted, con divina perspicacia, acertaba cuando dijo: "No es aquél, Cesáreo; es otro.,"

MARIA

(Reflexiva.) Es usted otro.

LEON

El hombre lleva en sí todos los elementos del bien y del mal. Excelentes personas han

caído en la perdición; santos hay que fueron perversos.

MARIA

Si es usted de estos últimos, déjeme que le admire.

LEON

Merezco quizás el respeto de usted; admiración, no.

MARIA

La desgracia, tal vez la miseria, le han obligado á luchar; la lucha le ha redimido: ¿no es eso?

LEON

Criado fuí en la holganza... Puedo decir que no tuve padres, porque murieron dejándome muy niño. Hombre ya, heredé una fortuna, que vino á mis manos cuando la compañía de amigos, peores que yo, me había educado ya en los vicios de la disipación y el juego, en el menosprecio de toda rectitud... Corrí desvanecido por el mundo, ciego y desmandado. Este vértigo, este correr loco, forzosamente habían de precipitarme al abismo. Mis amigos iban delante, más ciegos que yo. Si el dinero nos faltaba, ¡qué arbitrios, qué combinaciones depravadas

para procurárnoslo! Por fin, la escasez nos arrastró á la desesperación, la desesperación á la ignominia, ésta al escándalo, y el escándalo nos estrelló contra la justicia, y nuestros nombres fueron oprobio de familias respetables.

MARIA

(Con estupor candoroso.) ¡Jesús! ¿Y por qué, dígame, por qué fué usted tan malo?

LEON

Oígame, señorita, y vea toda mi maldad. Un compañero mío de aquellas locuras discurrió... poner en un documento de crédito una firma que no era la suya. (Movimiento de reprobación en María; protesta viva de León con mirada y gesto.) Yo no lo hice... me repugnaba. Mi complicidad consistió en que pude evitar el fraude, y no lo evité... por el provecho momentáneo que de él tuve. Mi aturdimiento fué causa de que el menos culpable, yo, apareciese más recargado de responsabilidad, y...

MARIA

(Vivamente.) De todo eso tengo yo una idea vaga... En Madrid, por unos días, no se ha-

bló de otra cosa. Su tío de usted, el Marqués de Tarfe...

LEON

Mi tío, que hasta entonces no se había cuidado de mí, se mostró grande, generoso y justiciero ante la deshonra que yo arrojé sobre la familia. Con su dinero fué cancelado el infamante documento; por gestión suya fué sobreseída la causa que se nos formó; y tratándome con severidad cruel, no tan cruel como yo merecía, me dió lo preciso para irme á Cádiz, donde un amigo suyo tenía el encargo de embarcarme para América.

MARIA

Eso entendí... que se había ido usted á Montevideo, al Brasil, no sé... Siga.

LEON

Pero estoy importunando á usted con mi triste historia, impidiéndole...

MARIA

(Vivamente.) No: si eso me interesa más que nada. Cuente... Se embarcó usted...

LEON

A embarcarme iba; pero en el camino caí enfermo, y en mi enfermedad y en mantenerme gasté el dinero que llevaba. Solo, vagabundo, sin más amparo que el Cielo arriba, mucha tierra por delante, entré en relaciones con mi conciencia, y empecé á creer que un hombre nuevo alentaba en mí.

MARIA

(Con intensa curiosidad.) ¿Pero cómo vivía, cómo pudo arreglarse? Cuénteme esa parte de su historia...

LEON

¿Le agrada á usted?

MARIA

Es muy bonita... digo, es la más interesante...

LEON

Y la más terrible. No podrá usted, con todos los atrevimientos de su imaginación, reconstruir las torturas mías, la fatiga inmensa, el angustioso *via crucis* tras la caridad pública, la miseria, los ultrajes... Pero todo

esto era necesario para que naciese el hombre nuevo, y allí nació, en aquel vivir doloroso...

MARIA

Refiérame todo, sin omitir nada. (Se sienta en el banco de piedra, y escucha poniendo toda su alma en el relato.)

LEON

Pues mire usted, ni aun en los trances de mayor desesperación me decidí á quitarme la vida.

MARIA

¿No pensó usted en suicidarse?

LEON

Sí pensé alguna vez; pero en el momento de consumarlo, me detenía... Me daba lástima de matar al hombre nuevo... Me parecía que mataba á un niño.

MARIA

(Identificándose con la idea) Sí, sí: lo comprendo, lo siento yo... Siga.

LEON

Sin norte ni rumbo, yo atravesaba sierras, valles, estepas... Caridad encontré en al-

gunos lugares; en otros desprecio, palos, burlas...

MARIA

(Compadecida.) ¡Ay, qué hambres pasaría, pobrecito!

LEON

Hé recogido sobras de las cocinas más miserables; los pastores me han dado á rebanar sus sartenes.

MARIA

Y andando, andando siempre, con su cruz á cuestas.

LEON

Con mi cruz... y con mi conciencia, que ya no me ponía cara muy adusta.

MARIA

Ya le sonreía, le alentaba... Y usted siempre adelante.

LEON

Hasta que llegué á las minas de Somonte. Allí pedí trabajo. Me lo prometieron... Entre tanto, ayudaba á los carreteros á cargar carbón.

MARIA

Y así vivía...

LEON

Allí tuve el primer dinero ganado por mí; ¡pero con qué trabajos!... Un día se murió de viejo un pobre borrico que trabajaba con un carro pequeño. Yo lo sustituí.

MARIA

¡Jesús!

LEON

Y tirando de mi cargamento, aquí lo traje. Fué la primera vez que entré en Agramante... Volví á la mina. Un secreto instinto, algo como una naciente vocación del hombre nuevo, movía mi voluntad, movía mis manos á una ocupación que era mi mayor gusto... Cuando los carros se ponían en camino, yo recogía los pedacitos de carbón que caían al suelo. Recogiendo y acopiando toda aquella miseria esparcida, llenaba yo una cesta de carbón, que vendía luego en los pueblos próximos...

MARIA

(Maravillada.) ¡Oh, qué paciencia, Dios mío!

LEÓN

En mi afán de llenar la cesta, yo no me contentaba con recoger los pedacitos: quería recoger hasta los átomos...

MARÍA

(Identificándose con la idea.) ¡Los átomos! Es lo que yo digo: cuando pasa un átomo, cogérlo...

LEÓN

En esto, yo había escrito á mi tío explicándole mi deplorable situación: yo estaba descalzo, harapiento. Por toda respuesta, me mandó á esta villa tres cajas en pequeña velocidad, porte pagado. En ellas venía toda mi ropa.

MARÍA

¡Oh, qué bien! Por lo menos, se remedió usted de su mayor falta. ¿Y qué hizo entonces? ¿Se puso usted su ropita y...?

LEÓN

No, señorita. ¿De qué me servía todo aquel matalotaje tan impropio de mi estado mísero? Salvo algunas prendas y el calzado más cómodo, vendí toda mi ropa.

MARÍA

¡Oh, qué feliz idea!... La ropa elegante...

LEÓN

La vendí por lo que quisieron darme. ¿Y qué hice? Me fui á la mina y compré cuatro toneladas de carbón.

MARÍA

(Animándose, se levanta.) ¡Bravísimo, señor hombre nuevo!

LEÓN

Pagué mi carbón á toca-teja: lo traje acá, parte en carro, parte en un borrico, y algo también á hombros, en una cesta...

MARÍA

Y lo vendió y ganó dinero.

LEÓN

Antes de veinte días pude comprar un carro.

MARÍA

(Gozosa.) Ya veo, ya veo... Se le revelaba á usted un mundo.

LEÓN

Me sentía poseedor de cualidades nuevas, de ideas nuevas, de nuevas aptitudes... Buscaba en mí, por curiosidad, al hombre antiguo, y no lo encontraba. Aquí de la expresión de usted, que me llega al alma: "No es aquél, Cesáreo; es otro..."

MARÍA

Su historia, señor mío, me conmueve, me anonada. La veo no menos maravillosa que las vidas de santos y que las empresas de los conquistadores más atrevidos. Lo demás...

LEÓN

Lo demás apenas necesita explicaciones: honradez intachable; trabajo continuo noche y día; diligencia, prontitud, buena fe; cumplimiento exacto, infalible, de todo compromiso comercial... conciencia tranquila, robustez, salud...

MARÍA

(Suspira hondamente.) ¡Cuántos bienes después de tanta adversidad!

LEÓN

Y ahora, señorita, desenmascarado absolutamente el vecino negro, dígame usted en qué puedo servirla.

MARÍA

(Aparte.) Después de oírle, siento más vergüenza que antes. (Alto.) No soy digna de acercarme á usted con la pretensión de... No, no puedo decirlo... Usted ha turbado mis ideas... Yo le creía un hombre inferior... y ahora es usted tan grande que casi no me atrevo á mirarle. (Inquieta, recorre la escena.) ¡Oh! no, imposible. Debo retirarme. (Llamando en voz baja.) Cirila. (Acude ésta á su lado.) ¡No me atrevo; siento una vergüenza...!

CIRILA

En casa no duermen. Tu papá se pasea de sala en sala. Debemos irnos.

MARÍA

(Dudando.) No, no: aguarda... ¡Dios mío, qué ansiedad!

LEÓN

Estamos solos, señorita. Puede explicarme...

MARIA

No, no, León: me falta valor. Soy una pobre señorita mal educada, incapaz de resolver cosa alguna... Lo que yo pretendía, lo que me impulsó á llamarle, es algo que á sus ojos me rebajaría, y yo no quiero rebajarme á los ojos de usted, de quien ha sabido ser creador de sí mismo. Hágase usted cuenta de que no le llamé, de que no nos hemos visto, y retirese... Le suplico que se retire.

LEON

(Con calma, que encubre una calculada expectación y deseos de penetrar en las ideas de María.) Bien, señorita, en ese caso... (Con gran lentitud.) Si es deseo de usted que me retire... poniéndome siempre á sus órdenes... (Se va retirando muy despacio, parándose y volviendo la cabeza) me retiraré.

MARIA

(Con súbito arranque.) León. (Aparte á Cirila.) Sí, sí: lo diré... es preciso. Me volvería loca si no lo dijese. Ello es ridículo, humillante; ¿pero qué importa? (Alto.) Usted comprenderá que no es por mí... que obligada me veo

por... Hay duras necesidades... que abruman...

CIRILA

(Aparte á María.) Angel, dílo pronto, en dos palabras, para que acabe tu agonía.

MARIA

(Con gran esfuerzo.) Mi padre, mi familia...

LEON

Yo haré menos violenta esa manifestación, anticipándome...

MARIA

Sí... hable usted por mí...

LEON

El Marqués se halla en situación precaria... Lo sé: he visto alguna carta dirigida por el señor Marqués á personas de la villa...

MARIA

¡Oh, qué vergüenza! (Premiosa, trémula.) Mi padre me ordenó que escribiese á usted una de esas cartas... la escribí... Luego me pareció, viéndole á usted tan humilde, que de palabra... sería mejor... Perdone usted mi atrevimiento. Mi padre es bueno; sólo que

el pobrecito sueña con engrandecimientos y regeneraciones que no vienen, que no vendrán... Es bueno, y mi madre una excelente señora, y mis hermanitos... (sollozando) son muy buenos también... están... en el colegio... Tenga compasión de nosotros... En mi casa se ha llegado á una situación tan... no sé cómo decirlo... tal vez usted no lo crea. (Más ahogado y sollozo.) Yo procuro ocultar á mi padre la terrible verdad de nuestra miseria. Yo sola la sé, yo y Cirila, que más que mi criada, es mi amiga. Los demás viven en un mundo de ilusiones, de mentiras... Mi hermano los mantiene en el engaño... Nos hundimos; rodamos al precipicio, á la abyección... Esto lo veo yo... lo veo... pero no puedo remediarlo, no sé remediarlo... no sé, no sé... (Rompe en llanto. Cirila llora también en silencio.)

LEON

Es en usted mérito grande ver la situación en su realidad terrible, mirarla cara á cara...

MARIA

(Más serena.) Sí, señor... la miro... cara á cara.

LEON

Heroína es usted, y está llamada á entrar en batalla con las mayores desdichas... Pero usted tiene un corazón grande, un corazón valiente, ¿verdad?

MARIA

Quiero tenerlo.

LEON

Usted no se acobarda ante ningún obstáculo.

MARIA

No. (Secándose las lágrimas, animosa.)

LEON

Y posee entereza bastante para permanecer serena ante un contratiempo, ante un golpe de adversidad... como el que yo voy á darle en este momento.

MARIA

(Aterrada.) ¡Usted... un golpe!

LEON

Diciéndole, como le digo, que no puedo socorrer á su familia. (María permanece en muda

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍ"
Año. 1926

expectación.) No podré esta noche, ni mañana... ni en algunos días podré.

MARIA

(Aparte consternada.) ¡Humillación, espantosa ridiculez! (Llévase las manos al rostro.)

LEON

¡Cuánto me aflige mi negativa, sólo Dios lo sabe! (Decidiéndose á presentar el asunto en su realidad descarnada.) Pero á una persona tan inteligente debo yo completa sinceridad... Suprimo las explicaciones sentimentales de mi conducta, y daré á usted tan sólo las que deben hablar á su razón. (María continúa expresando el trastorno de su desengaño.) Hace un mes, viendo claro un desarrollo grande de mi tráfico, hice á la mina un pedido de consideración. El nuevo ferrocarril me trajo seis vagones, luego ocho, luego más. He colocado ya la mayor parte... Mañana, 10, es el día fatal, el vencimiento de las obligaciones que contraje. Gracias á mi puntualidad, tengo crédito en la Compañía Minera. La falta de pago me hundiría, me haría perder en un instante la reputación mercantil adquirida con ímprobo trabajo y privaciones de que usted no puede tener idea.

MARIA

(Atónita, pero identificándose con las ideas de León.) Sí, sí: ya entiendo.

LEON

Allí (Señalando á su casa) tengo apilada, billete sobre billete, duro sobre duro, la cantidad que he de pagar mañana. No me ha sobrado nada. ¿Quiere usted que le traiga la suma que allí espera... para el pago de una deuda sagrada y para la sanción de mi crédito? (Pausa.)

MARIA

(Después de una vacilación momentánea, dice con voz firme:) No.

LEON

Es usted fuerte, animosa. (Gozoso.) Veo que si yo soy de hierro, usted también.

MARIA

¿Yo? (Con grave acento y convicción.) Si Dios me concede lo que le pido, el bronce será menos fuerte que yo, y el acero menos templado.

LEON

¡Mujer grande!

MARIA

Mujer... del tamaño de los acontecimientos, considero muy bien las razones que usted me da para... En fin, que no desmerezca yo á sus ojos; que no me crea... no sé qué iba á decir... y procure usted olvidar esta entrevista...

LEON

Eso nunca. Espero que, en un día próximo, podré ser menos cruel que he sido esta noche.

MARIA

(Turbada.) Gracias, infinitas gracias. Retírese usted... Tiene ocupaciones... Yo también.

LEON

Sí... debo retirarme. (Le hace reverencia. Aléjase lentamente; la contempla á distancia. Aparte.) ¡Dura lección es ésta!... ¡Terrible lección! Aprovéchala. (Continúa observándola. Acércase Cirila de nuevo á Maria, con ánimo de consolarla.) Desdichada víctima social, lucha, padece y vencerás. (Entra en su casa.)

ESCENA III

MARIA, CIRILA; después VICENTA.

CIRILA

Niña del alma, no te acobardes. Poco amable y nada generoso ha estado el vecino. Probaremos con otros. (Saca la carta.) Con variar el nombre...

MARIA

(Vivamente, mirando á la parte oscura de la escena por donde ha desaparecido León, arrebata á Cirila la carta y la estruja.) Acábase esta ignominia. (Rompe la carta y arroja los pedazos. Aparece Vicenta por la puerta del patio. Viste traje para la fiesta.) Su proceder duro, casi bárbaro, es para mí un aviso del Cielo. Admiro en ese hombre la severidad de un maestro inflexible.

VICENTA

(Aparte.) ¡Aquí María!... ¡y qué elegante!...

CIRILA

La señora Alcaldesa.

MARIA

(Aparte á Cirila.) Apártate... Vigila en la escalera. (Cirila se aleja por la derecha, cauteloso, y aguarda sentada en el primer peldaño.)

ESCENA IV

MARIA, VICENTA.

VICENTA

¡María... querida! Usted, impaciente por mi tardanza, ha bajado á esperarme.

MARIA

Sí: esperaba á usted...

VICENTA

Vengo retrasada. Cosiendo hasta muy tarde hemos estado mi hermana y yo con el dichoso arreglo. (Mostrando su vestido.) Yo quería que lo viese su mamá.

MARIA

Mamá se acuesta muy temprano.

VICENTA

(Girando sobre sí.) ¿Qué tal estoy?...

MARIA

(Riendo.) ¡Horrible! No podía usted discutir un arreglo más desatinado.

VICENTA

¡Oh, qué pena me da usted!... Pero ya no tiene remedio... Vámonos.

MARIA

No: yo no voy. Después de vestida, decido no ir.

VICENTA

Entonces, ¿qué hacía usted aquí?

MARIA

Salíamos... (Sin saber qué decir.) Ibamos á casa de usted para que me viese...

VICENTA

(Deslumbrada por la elegancia y riqueza del atavío de María.) ¡Oh, suprema elegancia! Está usted divina, ideal.

MARIA

Vea usted, Vicenta: con un traje como éste debiera usted presentarse esta noche en los jardines de Teodolinda, iluminados a